

50 COSAS SOBRE MÍ

CARE SANTOS



edebé

periscopio

50 COSAS SOBRE MÍ

CARE SANTOS

50 COSAS SOBRE MÍ



edebé

© Care Santos, 2018

Representada por la Agencia Literaria Sandra Bruna

© Ed. Cast: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Look & Book

Fotografía de cubierta: Shutterstock

Fotografía de la autora: Joan Cortadellas Huguet

1.ª edición, febrero 2018

ISBN: 978-84-683-3488-2

Depósito legal: B. 25972-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Adrián Olmedo,
coautor de esta novela,
argumento de mi vida.*

1

SOY VIRGEN

Igual esperabais que comenzara diciendo mi nombre, mi edad, o mis aficiones favoritas. Lo siento, pero yo prefiero empezar por lo importante. Bueno, igual vosotros pensáis que no es tan importante. O sí. Yo creo que depende de cómo te lo tomes. Yo no lo llevo demasiado mal (creo), aunque tampoco lo llevo muy bien. Si alguien me preguntara: «Del 1 al 10, ¿cuántas ganas tienes de dejar de ser virgen?», yo contestaría: «Casi siempre 6, a veces 8 y algunas veces (muy de vez en cuando) 10». Hay cosas que cuanto más las piensas más te apetecen, como los helados, las pizzas o los videojuegos. Lo mejor es intentar no pensar mucho en ellas.

Creo que todo el mundo nota que soy virgen. Es como si lo llevara escrito en la cara. Como, si al verme, todo el mundo pensara: «Ahí tenéis a Alberto, el virgen». Me pregunto si es normal ser virgen en primero de bachillerato. A veces me quedo mirando a mis compañeros de clase y pensando cuántos de ellos son aún vírgenes. No es un tema del que hable muy a menudo. Ni siquiera con Álvaro, con el que hablo de casi todo.

Todo esto de la virginidad nunca me había importado antes, la verdad. Supongo que pensaba que las cosas que les ocurren a todos en realidad no son tan importantes. Las cosas se vuelven un problema cuando comienzan a afectarte solo a ti. Esto fue lo que ocurrió. De pronto, deseaba ser diferente. Menos tímido, menos inseguro, menos cobarde. Más deportista, más decidido, más fanfarrón. Me habría convertido con gusto en otra persona. Por supuesto, en otra persona que no fuera virgen. Me sentía como si Winnie the Pooh deseara convertirse en Godzilla. O como si Pikachu soñara con ser Regigigas. Supongo que todos hemos tenido sueños imposibles alguna vez.

Seguro que os estáis preguntando qué me pasó para desear evolucionar y megaevolucionar de esa manera. Fue como si alguien hubiera encendido una luz en medio de mi vida. Comencé a ver cosas que antes no estaban ahí. Comencé a formularme preguntas que nunca antes me había formulado. Por ejemplo: ¿Cuáles son las razones por las que podría gustarle a alguien? ¿Algún día alguien se enamorará de mí? ¿Cómo me ven realmente los demás? ¿Cómo puedo saber si me estoy enamorando? ¿La otra persona se dará cuenta de mis sentimientos? ¿Hay algún signo físico en el que se evidencie el enamoramiento, no sé, se te ponen rojas las orejas o se te dilatan las aletas de la nariz? ¿Hay algún termómetro que sirva para medir estas cosas?

Por raro que os parezca, todas esas preguntas aparecieron el día en que comencé las clases de piano. El anuncio decía: «Toca desde el primer día combinando teoría y práctica. Grupos reducidos». Al empezar la clase, a las cinco en punto, en el aula solo estábamos Abraham (el profe) y yo. Daba un poco de corte. Además, el anuncio decía «grupos reducidos».

—¿No va a venir ningún otro alumno?
—pregunté.

—Sí. Una chica. Avisó que llegaría un poco tarde.

Debió de ver algo raro en mi cara, porque preguntó:

—¿Te molesta que tu compañera sea una chica?

En realidad, me molestaba un poco. Me encogí de hombros y dije:

—A veces las chicas me ponen nervioso.

—Te entiendo —dijo Abraham—. ¡Pues espera a conocer a tu compañera!

Por un instante, ese comentario hizo que me arrepintiera de haberme apuntado a clases de piano. Bueno, en realidad, lo del piano fue una de esas ideas brillantes de mi madre para aprovechar el mes de julio, pero debo reconocer que estuvo bien.

Cuando Abraham me pidió que me sentara frente a las 88 teclas blancas y negras, yo ni siquiera recordaba cómo escribir un do en un pentagrama. Pensé que se había vuelto loco cuando un momento después dijo:

—Terminarás la clase de hoy tocando una pieza de Beethoven.

Y resultó que era verdad, pero todo eso es otra historia.

Ya llegará el momento de contarla.